

**Mauricio Quimbaya**

Departamento de Ciencias Naturales

# Manifiesto por el sí

Al mirar mi vida en retrospectiva, con la aparente objetividad que da la calma madurez, puedo afirmar que he vivido una vida tranquila. Con tranquila no quiero referirme tan solo a este quehacer diario que necesito reinventar constantemente para aprehender a mis alumnos y asir a la elusiva ciencia, sino también a esta realidad, a veces inverosímil y macondiana, y a veces pasmosa y atroz que nos cubre como pueblo.

En treinta y cinco años solo me han atracado una vez, nunca me han parado en un semáforo para pedirme el celular y nunca he tenido un arma en mis manos. Únicamente he estado en la selva observando el poder embrujador de la manigua desde mi perspectiva de biólogo. Nunca nadie en mi familia ha sido acosado, amenazado, extorsionado o ha sido fleteado. Nunca el sonido de una bala me ha despertado en la noche y nunca he tenido que soportar horas aciagas pensando en la aplastante soledad vivida por un amigo secuestrado. Ha sido una vida tranquila, extrañamente tranquila, cuando es contextualizada en el marco de una nación por siempre oprimida por la guerra.

Por eso, cuando manifiesto con la decisión poderosa del discernimiento que votaré por el sí en el plebiscito por la paz, algunos familiares, algunos amigos, ciertos colegas del trabajo que afirman con severidad que estoy en un error justifican mi decisión en esa vida alejada de la violencia que por fortuna he vivido. Afirman que para alguien como yo, que ha crecido bajo el amparo protector de los estratos altos de la ciudad y que no ha vivido en carne propia los embates desgarradores de la guerra, es muy fácil decir desde el sofá de un séptimo piso, viendo la repetición de las olimpiadas por DirectTV y con un jugo de arándanos en la mano, que votará por el sí. Y algunos me miran con una luz opaca en su mirada, mezcla de indignación y desdén y me dicen que alguien que no ha afrontado el crimen evidentemente no sabe el significado de la palabra impunidad. Y algunos van más allá e insinúan que ya veremos qué pasa cuando Iván Márquez prohíba DirectTV o al jugo de arándanos comprado en Carulla. Me dicen que cuando eso pase, el destino me hará retractarme de mis irresponsables acciones y desear con el tuétano de mis huesos el haber votado por el no. Y antes de mejor cambiar de tema, para evitar la confrontación, me hacen saber que quieren que me quede claro, que alguien tan privilegiado, viviendo en un rinconcito de confort tan alejado de la realidad, claramente prefiere una paz mediocre, impune y desigual. ¿Qué otra cosa podría esperarse de la decisión de un ratón de laboratorio, perdido entre frasquitos, mezclando agüitas, tan ajenas a este mundo como mi sentido de realidad?

¿Alejado de la realidad?... quizás sí... quizás no tanto. Invoco los favores de la memoria y mi vida pasa entonces, frente a mí, filtrada por el prisma de la retrospectiva, y me doy cuenta de que la primera vez que fui consciente de que vivía en un país de horrores fue justo antes de cumplir los cinco años, cuando las imágenes mágicas de la constelación de Andrómeda

**Y algunos me miran con una luz opaca en su mirada, mezcla de indignación y desdén y me dicen que alguien que no ha afrontado el crimen evidentemente no sabe el significado de la palabra impunidad.**

y la voz queda de Carl Sagan en Cosmos fueron interrumpidas de súbito por la voz monocorde de Juan Guillermo Ríos que hablaba de un palacio en llamas y de cientos de heridos, algunos muertos. Y no fue una imagen estática o aislada. Con el tiempo vinieron más. Luego vino el afán de mi padre por alejarme de la ventana de la sala que se resquebrajaba por la explosión de más de quinientos kilos de dinamita que habían estallado frente al edificio del DAS, no tan lejos de casa. Nuevamente tuvimos suerte. La ventana no se hizo trizas, pero ya a mis nueve años aprendía una dura lección: como colombiano, el miedo es algo que debes aprender a controlar, siempre te respirará en la nuca. Luego, en mis recuerdos de niño, aparece la imagen de un avión explotando en el aire. Aún recuerdo el número del vuelo, el vuelo 203 de Avianca, y recuerdo que luego de ver las imágenes desoladoras de los escombros del avión le pedí a mi madre que por favor nunca nos fuéramos a montar en esos aparatos que explotan en las nubes, pues no quería perderla a ella y no quería que ella me perdiera a mí. Se esfumaba así mi sueño infantil de volar.

Y recuerdo la primera vez que perdí la fe en mi patria... por lo menos un poco. Fue cuando vi en noticias —ya poco espacio quedaba para *Cosmos*— que un hombre de pelo ensortijado que habla de esperanza, que decía que debíamos sentirnos orgullosos al mostrar el pasaporte de nuestra patria fue baleado sobre una tarima mediocre, dispuesta para que unos mensajeros del dolor lo ultimaran, lo masacraran como a un títere indefenso. Tristemente, entendí con el tiempo que ni aquel hombre, ni sus ideas eran a prueba de balas. Poco a poco fui creciendo y las imágenes improntadas en la mente del niño se transfiguraron en absurdos sinsentidos en la mente del adolescente. Y vino la guerra contra el narcotráfico y la expansión monstruosa del sicariato y el pago de un millón de miserables pesos por cada policía muerto, porque eso,

o mucho menos es lo que vale la vida en Colombia, y recuerdo que ni por broma uno podía comprar una aspirina en Drogas la Rebaja, pues la guerra entre carteles estaba declarada y eso significaba que uno podía en cualquier momento convertirse en una cifra más de las acciones de la muerte, en un daño colateral sin importancia. Y por allá, por el noventa y cuatro, recuerdo que escuché por primera vez nombrar a las Convivir, y oí definir las como el ejército del pueblo, esos que finalmente acabarían con los forajidos guerrilleros para restituir la paz en el campo. Lloraba años después al leer en otra nación fuera de mi patria, las acciones demenciales del paramilitarismo sobre los campesinos desprotegidos en esta tierra de miseria. El remedio resultaba mucho peor que la enfermedad.

Siguió pasando el tiempo, el adolescente inconforme se transformó en hombre, pero el bombardeo de imágenes no cesó. Y continuó con Bojayá, en donde aún yacen enterrados los escombros y los cuerpos mutilados de cientos de colombianos que ni siquiera la casa de Dios pudo proteger de la barbarie absurda que nos consume como un cáncer. Y siguió la bomba en el Club El Nogal y la masacre de Urrao y el secuestro de la iglesia de La María y el secuestro de los diputados y su posterior abyecta ejecución.

¿Cómo poder erradicar de la memoria las casas de pique en Buenaventura o todos los oscuros fines de semana en los que la muerte hace fiesta en el Distrito de Agua Blanca en mi querida Cali que ha dejado de oler a caña y brea para expeler un inmundable tufillo a cadáver y a droga que condena a nuestros niños y jóvenes al más anquilosante *statu-quo*? Y entonces este hombre, aparentemente inmune por gracia divina a la violencia demencial que es arte y regla en este país, reflexiona con el corazón en la mano en relación a que tal vez, para alguien de treinta y cinco años, son demasiadas las imágenes violentas que almacena en su memoria. Me doy cuenta entonces de que se puede generalizar,

es que todos y cada uno de los habitantes de este país, desde Simón Bolívar hasta Santos, llevamos cincelado en nuestra piel la hoz de la muerte y grabadas en nuestra memoria personal y en nuestra memoria social las más dantescas escenas que se han materializado sobre la faz de la tierra.

es decir, no es solo mi aparente buena memoria, es que todos y cada uno de los habitantes de este país, desde Simón Bolívar hasta Santos, llevamos cincelado en nuestra piel la hoz de la muerte y grabadas en nuestra memoria personal y en nuestra memoria social las más dantescas escenas que se han materializado sobre la faz de la tierra. No importa si tenemos cinco o noventa y cinco años, si acabamos de nacer o si somos fantasmas que ha desleído el tiempo, la marca del colombiano es la marca de la guerra, la marca de la muerte... pero quizás tengamos una última oportunidad.

Y surge del oprobio el ave fénix de la esperanza y tenemos la oportunidad de resurgir de nuestras propias cenizas, de darle una única oportunidad a la paz, luego de miles que se le han dado a la pestilente guerra. Una única oportunidad de resurgir como nación, de ser libres como pueblo y empezar a construir un futuro basado en el amor y la reconciliación.

Mientras Damasco se cae a pedazos, mientras tiemblan las columnas de Estambul, mientras el Estado Islámico consume el corazón de África y amenaza a Europa con sus tentáculos de muerte. Mientras Chiitas, Sunitas y Kurdos se rompen en fuego cruzado, mientras Palestinos e Israelitas pelean a muerte por Jerusalén, mientras Bagdad y Kabul se derrumban con el paso de los tanques, mientras en El Salvador la violencia entre pandillas consume al país y mientras en Venezuela se tambalea la libre democracia, por primera vez, podemos gritarle al mundo como nación, como pueblo comprometido, al unísono como hermanos, que tenemos un mensaje para dar, que Colombia tiene fe en la reconciliación, que creemos en la paz como el único camino posible para la construcción no solo de una nueva nación, sino también, de un nuevo mudo, que si nosotros pudimos, el resto de planeta lo debe intentar. Por primera vez seremos faro en un mudo en tinieblas, por primera vez el planeta nos observará, no por la invención de un nuevo acto de terror, sino

porque estamos *ad portas* de firmar una paz que parecía imposible, una paz que no solamente puede cambiar los destinos de esta nación, sino del mundo entero. La única respuesta posible es el sí.

Porque la paz es una visión de futuro, un sueño a largo plazo. Porque no podemos pensar que el éxito de un proceso culmine en un aquí y ahora difusos, con los criminales encadenados tras las rejas, pues eso sería pagar con la ley del tali3n y llevamos desde nuestra independencia viviendo sus nefastas consecuencias. Y no es validar la impunidad, no es acolitar una paz a medias, es por primera vez dejarnos guiar por el esp3ritu altruista que nos hace humanos. Es demostrarle al mundo que la reconciliaci3n y el perd3n son luz y gu3a, que como v3ctimas de los vej3menes m3s innombrables decidimos no llenarnos de venganza y s3 darle una nueva oportunidad a nuestros verdugos, que como naci3n somos capaces de perdonar lo imperdonable como 3nica opci3n que nos queda para heredar una mejor naci3n a nuestros hijos, a nuestros nietos, a todos los que vengan atr3s. Y nuevamente se podr3 decir que es muy f3cil escribir estas palabras desde la barrera, desde el otro lado de la orilla del dolor, sin embargo, estoy convencido de que muchos de los que me critican han vivido tambi3n mi afortunada vida, fuera del campo, incluso en alg3n pa3s primermundista. Entonces, tambi3n considero que es muy f3cil decir desde de Miami, en la comodidad de un *loft*, con una limonada en la mano, que los maten a todos, que bombardeen la selva, que los embosquen cruelmente, porque lo que necesitan esos hijueputas es candela. Como si las selvas estuvieran solas, como si en el campo solo hubiera vacas (y ni las vacas merecen el destino cruel de la metralla), como si fueran ej3rcitos programados de robots los que enfrentan la guerra y no soldados de carne y hueso, hijos de alguien, padres de alguien, hermanos de alguien. Como si los guerrilleros que ponen el pecho como carne de ca3n3n no

Porque no podemos pensar que el 3xito de un proceso culmine en un aqu3 y ahora difusos, con los criminales encadenados tras las rejas, pues eso ser3a pagar con la ley del tali3n y llevamos desde nuestra independencia viviendo sus nefastas consecuencias

fueran tambi3n colombianos, hijos quiz3s de alguna recolectora de papas, hermanos de alg3n agricultor de yucas y padres de un nuevo colombiano que no se merece estar condenado desde su nacimiento a la desolaci3n y a la muerte causada por esta guerra absurda que hemos venido heredando y alimentando con odio generaci3n tras generaci3n. Porque ese es el verdadero sentido de la paz. La paz no son c3rceles, penas ejemplarizantes, castigos de fuerza o m3s balas de venganza. Esa es la ant3tesis de la paz y si pensamos entonces que este acuerdo no vale la pena, porque no hay c3rcel, castigo, humillaci3n y venganza, entonces lo que queremos es otra cosa, no la paz, un acuerdo as3, basado en el odio o en la necesidad ego3sta de reciprocidad no le sirve a nadie.

La paz nace del esp3ritu humano m3s di3fano y transparente, se fundamenta en el perd3n y se construye por muchos a3os a trav3s de la reconciliaci3n. La paz no est3 pensada para castigar, la paz se fundamenta en la igualdad, en dar otra oportunidad, no a Iv3n M3rquez o a Timole3n Jim3nez, pues todos ya est3n viejos y como guerrilleros o no, no caminar3n mucho m3s sobre la faz de la tierra. Es darle otra oportunidad al hijo del guerrillero que tambi3n naci3 en este pa3s y que por ende tiene derecho a estudiar sin ser rechazado o discriminado, es ser conscientes de que sin oportunidades nuevas de reconciliaci3n, un pueblo est3 condenado a repetir su historia hasta el final de su estirpe. Es creer que el campesino puede volver al campo a trabajar mano a mano con un exguerrillero que quiere escribir otra historia, es admitir que a nuestro trabajo puede llegar un joven de veinte a3os que estuvo obligado a participar en un conflicto del cual es v3ctima m3s que victimario y que deber3amos darle todas las garant3as para que reescriba su devenir, es que miles de madres y padres de soldados colombianos no tengan que vivir en ascuas cada vez que su hijo sale a patrullar el campo, es reinventarnos como

sociedad, como pueblo, como nación. Esta es nuestra prueba más dura, nuestro *test* más encumbrado para demostrar que hemos trascendido como nación, que algo hemos logrado aprender de más de quinientos años de violencia, que somos más los de espíritu bueno que los de lóbregas intenciones.

Creo que la mayoría de colombianos que queremos la paz... La Paz, en mayúsculas, en toda su magnífica extensión, no podemos estar equivocados y, aun así, si lo estuviéramos, si en diez años luego de un contundente sí en el plebiscito estuviéramos aún sometidos por la guerra, y si en esa situación mis hijos me preguntaran por qué vivimos así, podría mirarlos sin vergüenza y decirles con el orgullo de la dignidad que es debido a que le apostamos a la paz y violentaron nuestra noble voluntad. Pero si ganará el no, no podría ante la misma pregunta, ni siquiera mirarlo a los ojos, porque me avergonzaría. Me avergonzaría hasta el punto del llanto contarle que nunca le dimos a la paz una sola oportunidad.

Este es un momento que está escrito una única vez en los pergaminos proféticos de nuestra historia como nación. Debemos decidir si asumimos este reto de construcción y reinención como un proyecto mancomunado a largo plazo o si como lo escribió García Márquez, es inamovible, y las estirpes condenadas a cien años de soledad no volveremos a tener otra oportunidad sobre la tierra. Yo no lo creo así. Creo en el cambio basado en el abrigo de la paz e impulsado por el perdón y la reconciliación y por eso votaré por el sí... creo que ese fue el principal mensaje que vino a entregarnos un tal Jesús de Nazaret hace ya algún tiempo. En una nación que se declara abiertamente católica no solo ya es hora de escucharlo, sino también de poner en práctica su mensaje. Esta es nuestra hora. Colombiano, vota por el sí, el hacerlo no es un acto de impunidad, por el contrario es un acto de amor.

